

# Aportaciones del micropsicoanálisis a la teoría de la agresividad

M. L. Sánchez Castro

A diferencia del psicoanálisis clásico o de la neurofisiología para quienes la agresividad es una pulsión o instinto dependiente de centros cerebrales concretos, para el micropsicoanálisis, la agresividad es una actividad, es decir, el modo psicobiológico de expresión y de integración funcional de la energía y de la motricidad copulsional. Es importante señalar que una actividad pone en juego los distintos niveles de estructuración de la energía de los que el hombre está compuesto, desde los intentos, cuya energía es neutra, poco estructurada y desprovista de finalidad (energía que es común a las demás actividades: dormir-soñar y sexualidad), hasta las entidades psicobiológicas, cuya energía está ya estructurada en el sentido psíquico o material. Una actividad pone en juego también a todo el conjunto del sistema pulsional, desde la pulsión de muerte-de vida hasta su especialización en copulsiones específicas que son las equivalentes de las pulsiones freudianas, en el caso de la agresividad son las de destrucción, conservación, agresión y dominio.

De esta concepción micropsicoanalítica de la agresividad se desprenden varias ideas:

— La agresividad es neutra y desprovista de toda moralidad.

— Está en íntima relación con el sueño y la sexualidad, especialmente con esta última de la que podríamos decir que es prácticamente indisoluble; así se explican sus coinciden-

cias de objeto-fin e incluso de fuente patentes por ejemplo en el sadomasoquismo.

— El desarrollo psicosexual es desde el principio agresivo-sexual.

Gracias a sus aportaciones técnicas: sesiones de larga duración, de una media de 3 o 4 horas, estudio minucioso de las fotografías del analizado, de su árbol genealógico etc., el micropsicoanálisis *constata* que la agresividad en el hombre comienza su camino en el momento de la fecundación, se desarrolla durante el período intrauterino (fase inciática), se especializa durante la infancia (fases oral, anal y fálica) y prosigue su curso durante toda la vida; *insiste* en la importancia que tiene el período intrauterino con respecto al desarrollo de la agresividad así como en el desarrollo psicosexual en general, pues es cuando el feto, por medio de los mecanismos de proyección e identificación, encadenados por las proyecciones e identificaciones agresivas-sexuales de la madre y teniendo en cuenta sus cargas ancestrales maternas y paternas, va a establecer sus primeras conexiones copulsionales y estructuraciones psicobiológicas. El micropsicoanálisis *señala* también las bases celulares y biológicas de la agresividad. En efecto:

El huevo humano resulta de la fusión citoplásmica y nuclear de un óvulo y de un espermatozoide. Como lo muestran la biología molecular y la embriología ultramicroscópica, el desarrollo de un ser humano reposa sobre la

neutralidad biológica del óvulo y del espermatozoide, del azar de su encuentro y de la vital agresividad celular.

Una vez que el óvulo es fecundado, comienza a dividirse y flota libremente en el útero durante unos cinco días, en los cuales tiene un 10 % de posibilidades de vida; las causas de su muerte son mal conocidas, pero parece ser que mecanismos líticos entran en juego cuando la conservación de la especie es amenazada por una patología celular debida sobre todo a aberraciones genéticas, verificando la inseparabilidad desde su origen de las copulsiones de conservación y de destrucción.

Después, comienza la nidación, es decir la implantación del huevo en la pared del útero, el cual a partir de ahí se convertirá en un campo de batalla y lo seguirá siendo durante toda la gestación. En efecto, el huevo humano, a diferencia de los huevos de la aves o de muchos reptiles, no puede subsistir más que erosionando los tejidos maternos y alimentándose de su sangre; de forma que en estos primeros días, el sistema de nutrición del embrión es carnalística y vampírica.

Desde el punto de vista inmunológico, el embrión es un cuerpo extraño desde sus primeros intentos de nidación y las primeras reacciones de la madre por su hijo son de rechazo. Según los experimentos de inmunología gravídica hechos en el Inserm o en Boston por el equipo de Rocklin, el embrión debería ser masivamente eliminado y si logra sobrevivir lo debe a la subtilidad celular y nuclear de sus mecanismos de defensa, que no dejan de recordar la estrategia cancerosa. El modus vivendi inmunológico que se instala entre la madre y el embrión-feto, es más bien un sistema aduanero ultraspecializado que un libre cambio pacífico, así lo atestiguan los intentos, aunque no sean más que simbólicos, de deshacerse de él vomitándolo.

El feto es un receptor ultrasensible de la psicobiología de la materna y del medio ambiente, así lo demuestran nuevas técnicas de la embriología comportamental y va a registrar en su memoria celular las angustias, miedos, deseos, agresividad y sexualidad de la madre.

Son muy reveladoras a este respecto las fotografías que Nilsson publicó en el año 1965, o los signos de debilidad cardíaca que muestra el feto debidos a las contracciones uterinas de la madre provocadas por el orgasmo.

Resumiendo, desde la fecundación hasta el nacimiento, el embrión-feto confronta su agresividad a los ataques y reacciones agresivas de la madre. La guerra que caracteriza la vida intrauterina hace muy incierta la hipótesis de Rank del trauma del nacimiento.

Cuando el niño nace ya lo sabe todo acerca de la agresividad, pero desde el nacimiento hasta los cinco años va a especializarla midiéndola con la agresividad familiar, muy especialmente con la de la madre que continúa siendo aún el centro de las operaciones agresivas. Tanto el hijo como la madre y el resto de la familia, ya sea consciente o inconscientemente, voluntaria o involuntariamente, no van a deponer sus armas. No olvidemos la insistencia con que la Organización Mundial de la Salud, así como otros organismos y trabajos a este respecto, denuncian los malos tratos infligidos a los niños por los padres, llegando en muchos casos a causarles la muerte.

El micropsicoanálisis constata, por medio del material de sesiones de larga duración y por medio sobre todo del estudio de las fotografías, la amplitud de esta guerra infantil. En efecto, los padres disponen de múltiples medios para herir irreversiblemente el psiquismo del niño:

— *La falsa presencia*, que es la actitud ausente sobre todo inconsciente de la madre por su hijo, patente sobre todo en las fotografías dándole el biberón, pone en evidencia una agresividad materna egoísta y celosa, reactiva la guerra uterina, estructura el par venganza-reparación con el corolario neurótico angustia-culpabilidad y ayuda, según el terreno, al desequilibrio prepsicótico o psicótico. El estudio de esta actitud agresiva de la madre y de su ausentismo afectivo puede servir también para profundizar en la comprensión de diferentes síndromes pediátricos debidos a la lactancia con biberón (gastroente-

ritis, bronquitis, asma, eczema o muerte súbita), explicables solamente por la falsa presencia de la madre que potencializa la fijeza química de la leche o su mala absorción.

— *La loca presencia* que es la actitud bestial más o menos consciente de la madre por su hijo, patente sobre todo en las fotografías dándole el pecho, se percibe en su mirada vidriosa y huraña de loca internada, pone en evidencia una agresividad materna salvaje y ayuda, según el terreno, al desequilibrio neurótico. Los trastornos psicotóxicos descritos por Spitz podrían muy bien ser debidos a esta actitud agresiva de la madre.

— Las exigencias contradictorias e incompatibles impuestas simultáneamente a los hijos y las peleas paternas que dejan al niño sin referencia, lo pueden igualmente impulsar a refugiarse en la enfermedad mental como último intento inconsciente de salvar su integridad y la unión de sus padres.

La metabolización de la agresividad acumu-

lada durante la guerra uterina e infantil puede resultarle muy cara al ser humano, pues éste dispone de pocos medios para ello. Debido a las presiones de su yo que trata de adaptar el ello al medio ambiente, es decir, al principio de realidad y a las del superyó que trata de formar una moral, se va a debatir toda su vida entre venganza-reparación y entre angustia-culpabilidad.

El micropsicoanálisis, instituido por el Dr. Silvio Fanti, subraya la gran influencia que ejerce sobre el equilibrio psicosomático del hombre la metabolización de esta agresividad uterina e infantil reprimida, provocando una gran parte de los sufrimientos psíquicos y somáticos del joven y del adulto que pueden llegar al suicidio, así como las querellas, homicidios, revoluciones y guerras en un intento de canalizar la agresividad al exterior escogiendo chivos-emisarios como sustitutos paternos para pelearse con ellos o colectivizando la necesidad-deseo de matar.